

pensamiento personal son al mismo tiempo los de voluntad superior llegan á ser los jefes y los dominadores naturales de la masa de la cual se sirven como de un instrumento para la satisfacción de sus necesidades y á la cual someten á ese servicio sea por la coacción, sea presentándola el señuelo de la perspectiva de alivios y de satisfacciones. La coacción es ejercida sea por la violencia personal, sea por el peso de las instituciones existentes de las que se han apoderado. Pero en último término el hecho mismo de haberse apoderado de la máquina gubernamental no es también más que una victoria de la personalidad superior sobre los hombres que manejan dicha máquina. El impulso de toda actividad es suministrado por una necesidad fuertemente sentida; su dirección y su objeto están determinados por el juicio deducido de las experiencias; cuanto más indigentes son estas experiencias, tanto más defectuosa es la manera como son comprendidas y retenidas en la memoria, tanto más su interpretación es errónea y menos aptas son las acciones prescritas por el juicio para satisfacer la necesidad. Así es como toda la agitación humana no es más que una laboriosa marcha á tropezones de un sentimiento de desagrado á otro, la busca las más de las veces vana de satisfacciones para necesidades que no cesan de hundir su aguijón en la conciencia. Pero á medida que la ignorancia disminuye y que el conocimiento aumenta, la posibilidad de libertarse de sentimientos de desagrado se hace mayor sino para la masa media, por lo menos, para los hombres superiores y para un número cada vez más grande de éstos. Y hasta ahora esta emancipación de los sentimientos de desagrado se ha efectuado casi siempre en último término por la explotación parasitaria de los esfuerzos de los demás. ¿Será siempre así? Eso es lo que vamos á examinar en el capítulo siguiente.

## VIII

### EL PROBLEMA DEL PROGRESO

Desde hace siglos discuten los pensadores la cuestión de saber si existe ó no el progreso. Los que lo niegan son tan numerosos, tan elocuentes y emplean argumentos tan poderosos como los que lo afirman. Los antiguos en general no creían en el progreso; tenían una oscura intuición del curso siempre igual de los fenómenos cósmicos que se representaban como movimientos cíclicos, como un retorno eternamente reiterado á los comienzos. Tal es el sentido de las imágenes órficas y de la doctrina secreta de Lino; eso es lo que enseñan, con términos diferentes Hesiodo, Heráclito, Demócrito, Empédocles, Platón, Zenón. Aristóteles dice explícitamente: «Todo es movimiento cíclico..., las edades humanas, los gobiernos, la tierra misma que tiene su floración y su faunación». También Tucídides rechaza el pensamiento del progreso: todo, dice, será siempre lo que es, mientras los hombres sean lo que son; afirmación extrañamente superficial, digámoslo en seguida, puesto que el progreso consistiría precisamente en el hecho que los hombres no permanecerían siendo lo que son y lo que se trata de saber es precisamente: ¿los hombres son realmente lo que han sido, y serán siempre lo que son? Los pitagóricos que en su misticismo cosmo-astrológico, subordinaban todos los sucesos á la influencia de los astros, estaban convencidos que todos los fenómenos hu-

manos y cósmicos tenían que reproducirse hasta en sus últimos y menores detalles si la misma constelación de astros se repetía idénticamente. Esta es la teoría cíclica de los filósofos griegos bajo su forma astrológica. Cicerón (1) se atiene á la letra á las concepciones de sus maestros helénicos, cuando habla de los «ciclos maravillosos de las revoluciones y cambios políticos». En la medida en que los antiguos admitían la posibilidad de un cambio en general, lo consideraban como una agravación. Así como la doctrina brahmánica de las cuatro Yugas ó edades del mundo, declaraba la primera Yuga que habría durado 4800 años como el más perfecto, como el de la verdad, el reinado exclusivo de los dioses, así los griegos y los romanos situaban en el pasado la edad de oro de la felicidad y de la paz. Los pasajes de Ovidio (*Aurea prima sata est aetas*, etc. *Metamórfosis*, I, 89 y siguientes) y de Horacio (*Aetas majorum, peior avis, tulit. — Nos nequiores, mox daturos — Progeniem vitiosiore*). — «La edad de los padres, peor que la de los abuelos, nos engendró más miserables, y daremos la vida á descendientes todavía más viciosos» que expresan esta idea de una manera pintoresca, están en la memoria de todos.

Los modernos han circunscrito el problema del progreso, las más de las veces, á límites más estrechos; no lo extendían á la fenomenalidad cósmica sino que lo restringían á la humanidad. Maquiavelo se atiene al resultado moral. «El mundo—dice en el prefacio del libro segundo del *Discurso sobre Tito Livio*—ha encerrado siempre la misma suma de vicio y de virtud». Juan Bodín participa por completo de las ideas de los antiguos y de Maquiavelo. Las revoluciones humanas, *velut in orbem redire videntur*, parecen retornar siempre girando en el mismo círculo; no creía en el progreso moral; la cantidad de vicio y de virtud siempre es la misma. Estaba en cambio convencido del progreso material,

(1) *De Republica*, I, 29: «*Miri sunt orbis et quasi circuitus in rebus publicis commutationum et vicissitudinum*».

sobre todo desde el punto de vista industrial, el siglo xvi le parece haber superado inmensamente á todos los anteriores y cita como prueba única pero que encuentra suficiente, la imprenta que era entonces de invención reciente. Gioberti rechaza en redondo la idea del progreso. Hacia el fin del siglo xvii, la disputa entre partidarios y adversarios de esta idea había continuado con encarnizamiento (1) pero unos y otros no consideraban más que el progreso en el dominio del arte ó de la poesía, y es de notar que ya en esta época que sin embargo no poseía todavía más que una pequeña parte de las obras que forman hoy el magnífico patrimonio de la humanidad, muchos jueces sagaces y de buen gusto defendían la superioridad de los modernos sobre los antiguos. Goethe estima: «Los hombres llegan á ser más inteligentes, más juiciosos, pero ni mejores, ni más felices, ni más enérgicos». Otro gran poeta, Lamartine, enseña que «la idea del progreso es un sueño, una utopía y un absurdo». Schopenhauer opone á la idea del progreso esta razón *à priori*: «Siendo eterno el mundo, la teoría del progreso es necesariamente falsa puesto que el progreso habría comenzado de toda eternidad y su objeto habría debido ser alcanzado desde hace muchísimo tiempo». Esta proposición formula un postulado indemostrado é indemostrable: la eternidad del mundo. Pero si se admite este postulado, y no es posible dejar de admitirlo, la proposición queda lógicamente irrefutable, solo que se aplica no á la humanidad sino al Universo de cuya eternidad no participa ésta. Lotze se sustrae ingeniosamente á la obligación de tomar partido por una ú otra solución; reconoce el progreso en el dominio de la ciencia, pero este progreso consistiría en el descubrimiento de las leyes cósmicas inmutables; en otros términos: el progreso consistiría en el reconocimiento de que no puede haber pro-

(1) Perrault, *Paralelo entre los antiguos y los modernos*. París, 1688. Véase también Hipólito Rigaut. *Historia de la disputa de los antiguos y de los modernos*. París, 1856.

greso. En otra parte (*Mikrokosmos*, tomo III, pág. 29) se muestra menos circunspecto y confiesa ingenuamente: «No es en modo alguno posible observar un progreso en el curso de la historia». Después de Vico que ha reproducido la teoría cíclica de los antiguos en sus *ricorsi*, en el retorno eterno de los mismos sucesos, Odysse Barot (*Cartas sobre la filosofía de la historia*) nos enseña á su vez que «el progreso es una oscilación» y la evolución «un retorno incesante de los mismos hechos é ideas». Para Fontenelle «el corazón es siempre el mismo, solo el espíritu se perfecciona; las pasiones, virtudes y vicios no cambian, pero los conocimientos aumentan». Fénelon, el bueno de Fénelon optimista no admite ni siquiera tanto: «La equidad, la sabiduría, todas las virtudes se hallan entre los semi-salvajes; todos los vicios nacen y se desarrollan con la civilización», afirma mucho antes que Rousseau.

Sería fácil multiplicar los testimonios, pero bastan los que hemos citado. Por otra parte vemos á Descartes defender resueltamente la realidad del progreso. Para Bacon (1) la superioridad de los modernos sobre los antiguos, por lo menos en lo que concierne á las ciencias, está fuera de duda. Leibniz (2) no está por completo convencido de la realidad del progreso: «Podría ser que la humanidad alcance con el tiempo una perfección más elevada que la que podemos figurarnos actualmente». El abate de Saint-Pierre cree naturalmente en un progreso magnífico ininterrumpido; lo mismo Diderot por parte de quien semejante creencia puede más bien sorprender. Condorcet titula valientemente su revista de la historia y de la filosofía de la historia: *Cuadro del Progreso de la Humanidad* y traza un cuadro seductor del porvenir en que no habrá guerras y que verá la fraternidad humana uni-

(1) Bacon. *Novum Organum*, I, Aphorismus 84: «...a nostro ætate (si vires suas nosset et experiri et intendere vellet) majora multo quam a priscis temporibus expectari par est...»

(2) *Teodicea* III, § 341.

versal, en que los hombres se comunicarán en una sola y única lengua universal y disfrutarán de una vida cuya duración será indefinidamente prolongada. La razón creará para el hombre un paraíso; Condorcet no hace en suma más que desarrollar, añadiendo exageraciones fantásticas, las ideas que Turgot había ya expresado elocuentemente en su «segundo discurso sobre los progresos sucesivos del espíritu humano». Kant se coloca en el punto de vista de Turgot y de Condorcet, lo mismo que Saint-Simón cuyos ensueños de porvenir se elevan hasta el paraíso. Cousin, según la costumbre que ha contraído siguiendo á Hegel, declara breve y dictatorialmente. «La historia es el desarrollo de la humanidad en el tiempo y en el espacio, y la noción del desarrollo implica la idea del progreso». Comte admite sin reserva el hecho del progreso, formulando únicamente la restricción de que no es un bien del todo puro; su lado trágico consistiría según él en la división del trabajo que, si bien eleva al hombre por encima del animal, le aleja al mismo tiempo de la naturaleza, le hace indispensable la sociedad organizada de la cual le hace depender, lo que engendra la explotación y otros males que el animal ignora. Michelet ve en toda la historia un progreso único y constante hacia la libertad. Lubbock, Tylor, J-S. Mill están igualmente convencidos de la realidad del progreso. Buckle no cree en él en lo que concierne á la moralidad, pero no lo pone en duda en lo que concierne á la ciencia y á los conocimientos.

Esta revista sumaria nos lleva á hacer constar que la creencia ó la falta de creencia en el progreso se confunden con el optimismo y el pesimismo. Los hombres de robusto sentido práctico como son la mayor parte de los ingleses, los mundanos y artistas felices y contentos de vivir como eran los franceses del siglo de la Razón ven la marcha del mundo de color de rosa, mientras que los soñadores y los pensadores de sangre espesa, viviendo en una época de opresión política ó víctimas de un triste destino personal se la representan bajo un aspecto sombrío y desesperado. Habría pues que

creer que el progreso ó la inmovilidad no son fenómenos objetivos, sino apreciaciones puramente subjetivas que dependen del temperamento del contemplador del Universo, de la juventud ó de la vejez, del estado de salud ó de enfermedad. Si así fuera, sería inútil discutir la cuestión de si el progreso existe; bastaría con hacer constar que la condición de la humanidad parece presentar aspectos diferentes en momentos y en sitios diferentes y que la comparación de estos aspectos lleva á los diferentes observadores á juicios de valor diferentes que pueden ser todos ellos justificados subjetivamente y son todos ellos ilusiones sin ninguna existencia en la realidad. Falta por ver si no sería posible, á pesar de todo, descubrir en los cambios de las condiciones de la humanidad rasgos objetivos que sustraerían su apreciación al arbitrario subjetivo y permitirían establecer una ley de estos cambios que tuviese un valor general.

Antes de proponerse encontrar una respuesta racional á la cuestión de saber si el progreso existe, hay que hacerse cargo primero de lo que se debe entender por progreso. Casi todos los que han tomado posición con respecto á este concepto le han atribuído un sentido diferente, lo que explica la divergencia de juicios en esta materia. Se asocia generalmente á la palabra progreso la idea de una mejora. Paracelso dice en el prefacio de su *Grosse Wundartzenei*: «Dedico este libro á los que estiman que lo nuevo vale más que lo antiguo, únicamente porque es más nuevo». Esa es una suposición que lejos de ser una evidencia inmediata, tiene grandísima necesidad de ser probada. ¿Por qué lo nuevo sería necesariamente mejor que lo antiguo? También puede ser peor y siempre lo declaran tal en efecto gran número de personas. Venimos así á parar de nuevo á un juicio de valor que puede ser fundado sobre razones exclusivamente subjetivas. Nos es preciso pues llegar á un síntoma objetivo del progreso que haga imposible toda divergencia de opinión. Este síntoma consiste únicamente en el hecho del cambio que podemos llamar también evolución, á condición no obstante de no asimilar, como

lo hemos visto hacer por ejemplo á Cousin, evolución á progreso y atribuir luego á éste un rango superior en la escala de valores. Deberíamos, con Heriberto Spencer, ver en la evolución la diferenciación creciente de un objeto por absorción de elementos nuevos (integración) y desarrollo de formas nuevas más variadas. El desarrollo de formas nuevas no tiene sin embargo necesidad de ser siempre asociado á la absorción de elementos nuevos, puede también acompañar á la eliminación de elementos antiguos, la disolución. La disolución forma pues parte de la evolución con el mismo título que la integración, y esto basta para ponernos en guardia contra la tentación de ver en la evolución una sinonimia del progreso en el sentido de un crecimiento de valor.

El fenómeno cósmico no muestra en ninguna parte una parada, todo en él es movimiento. Πάντα ῥεῖ. Heráclito es quien ha dicho la palabra, pero los hombres han conocido de siempre el hecho. Pero no detenerse á hacer constar el vaivén eterno y llegar hasta la idea que en el cuadro eternamente en movimiento todo estado consecutivo es más excelente, más perfecto que el precedente es entregarse al antropomorfismo inconsciente y candoroso. Bajo los conceptos de evolución y de progreso descubrimos en efecto, en el pensamiento general, no sólo de este sentido común tan menospreciado por los filósofos, sino también de los que cultivan profesionalmente la filosofía, una representación semi-oscurecida que es muy distinta de la que Spencer define como una simple diferenciación creciente por integración. Pensamos en una forma ideal, en un arquetipo hacia el cual tendería la forma por su evolución. Si semejante objeto de desarrollo cognoscible existiera en realidad, si hubiera realmente una idea subyacente á la forma, un arquetipo, la cuestión del progreso estaría evidentemente resuelta. Estaríamos entonces en posesión de una medida-tipo de valor que nos permitiría decidir sin vacilación si tal formación dada es superior á tal otra. Cuanto más se asemejara á la idea subyacente que tiende á realizar en su desarrollo, tanto más se acercaría al ideal que está

llamada á alcanzar y tanto más tendríamos que apreciarla y considerarla como perfecta, tanto más podríamos ser afirmativos al hablar de un progreso de la formación. Pero la idea del arquetipo no ha surgido sino por la observación, primero, de la manera como se conducen los hombres y después de lo que permiten hacer constar todos los seres vivos en general. Se ha visto al niño nacer, pequeño, débil, incompleto, después le hemos visto crecer poco á poco, desarrollarse, llegar al florecimiento de la adolescencia, alcanzar su hermosa y plena madurez. Estaba fuera de duda, aún para el espíritu del hombre primitivo más limitado, que el niño recién nacido no podía representar una forma final, sino que estaba destinado de antemano á elevarse hasta lo completo del hombre adulto plenamente desarrollado. Nos encontramos pues aquí en presencia de un objetivo cognoscible hacia el cual un sér determinado tendía mediante sus modificaciones. El adulto representaba el prototipo virtualmente existente del cual el niño tendía á aproximarse cada vez más hasta alcanzarle. Estaba también fuera de cuestión que el adulto realizaba un tipo superior y más perfecto que el niño; era objetivamente más perfecto por ser más capaz desde todos los puntos de vista y más autónomo; lo era también para el pensamiento formal, porque satisfacía una necesidad del pensar lógico que exige que un movimiento comenzado y cuya trayectoria entera está presente al espíritu en estado de representación se realice conforme á su destino que protestaría defraudado y lastimado contra toda detención más acá del objetivo y contra toda desviación de la línea imaginada, y que por lo contrario es satisfecho por que la realización sea conforme á la representación. Aquí nos penetramos del esquema de la idea del progreso: el hombre estaba ante el hecho de una evolución, reconoció que tenía un objeto pre-establecido y era justificado considerar toda nueva etapa de la evolución como una aproximación hacia el objetivo, por consiguiente como un perfeccionamiento y un aumento de valor, y así fué como se llegó á

asimilar evolución y progreso, y progreso con mejora, es decir á hacer de estos conceptos juicios de valor.

No se tardó en extender este esquema formado á consecuencia de la observación de la vida humana, á los animales y á las plantas, á todo lo que parece al principio en un estado incompleto y después crece y madura. No era esto sin cierta razón, puesto que el concepto de una evolución que sería al mismo tiempo un perfeccionamiento, conviene superficialmente á todo lo que vive con el mismo título que al hombre. Sólo que, aun en este esquema en apariencia irreprochable, se deslizaban ya errores de pensamiento que el espíritu humano no tenía todavía bastante aptitud crítica para descubrir. La evolución del sér vivo no se detiene en el punto de la plena madurez, continúa más allá y el trayecto que recorre á partir de este punto va en descenso. Lleva á la decrepitud y á la muerte. Es arbitrario no ver en la curva de evolución más que su parte ascendente y no la descendente, el florecimiento y la madurez y no la marcescencia y la muerte. Estas son porciones tan regulares y esenciales del fenómeno total como aquéllas. Nada autoriza á considerar precisamente el estado de madurez como el arquetipo, dado que el sér vivo se transporta sin detenerse, con una marcha uniforme, pasando por el florecimiento y la madurez, hasta la muerte. Se está pues, tan autorizado por lo menos para afirmar, como lo ha hecho Claudio Bernard sin vacilar, que el objeto de la vida es la muerte, que el arquetipo hacia el cual todo sér vivo se mueve evolucionando y trata de realizar es el individuo senil que después del agotamiento total de su fuerza vital, muere y se descompone. Ahora bien, una evolución que con una necesidad ineluctable conduce al aniquilamiento, no podría ser asimilada al progreso concebido como un perfeccionamiento. Si el hombre prefiere ver el objeto de la evolución del sér vivo en el individuo en pleno florecimiento más bien que en el que ha llegado á la senectud y está disminuído, es porque está bajo una triple influencia inconsciente. En primer lugar, bajo la de la idea utilitaria

de la capacidad, que es evidentemente más grande en el punto culminante de la vida que en su punto terminal disminuído; luego después bajo la de la tendencia á referir á sí mismo todas sus representaciones. Esta tendencia hace que no siga de buen grado la idea de la evolución más allá del apogeo de la vida, porque se complace mucho más en verse en la edad del florecimiento que en la de la decrepitud y que le sería infinitamente agradable que la evolución terminara y se parase en este punto de su vida; en fin, y no en la menor parte, está bajo la influencia del vago acompañamiento armónico de notas sexuales que se asocian á la imagen de su sér en la fase de florecimiento mientras que permanecen mudas cuando se trata de un individuo en el declive de su vida. El esquema del progreso deducido de la observación de los fenómenos de la vida y que representa el progreso como una mejora y un aumento de valor es también inexacto por esta otra razón que no existe escala de valores inatacable para la apreciación de las diferentes edades del sér vivo. Si es el placer estético del contemplador el que decide, muchos jueces atribuirían valor más elevado al atractivo de la infancia que al encanto de la juventud, y la mayor parte estimarían á éste más deseable que las cualidades serias de la madurez. Si se toma como medida la cantidad de sentimientos de placer subjetivos, es incontestable que la juventud es preferible á la madurez y sin embargo, aun el pensamiento más superficial no supone que el objetivo de la evolución del sér vivo sea su fase juvenil y no su estado de madurez. Se ve pues que aun el movimiento del proceso vital de un estado á otro, que ha sugerido á los hombres la idea del progreso no justifica ante un examen más atento el esquema que asimila el progreso á la mejora y al crecimiento de valor.

Pero es cometer un error especialmente grande extender al Universo el esquema del progreso derivado de la observación de los fenómenos de la vida; es esa una conclusión por analogía que sólo el antropomorfismo más ingenuo ha podido sugerir. Se supone sin más razón que el conjunto

cósmico tiene que poseer también él un ideal de perfeccionamiento análogo á lo que en el sér vivo la forma adulta representa con relación á su forma infantil, y que evoluciona hacia ese objetivo, como si dijéramos hacia su forma adulta, lo mismo que el niño hacia la suya. Pero no existe un solo hecho observado que autorice á suponer que el conjunto cósmico evolucione hacia una forma más madura, más acabada, como hacia un objeto ideal; todas las observaciones astrofísicas obligan por lo contrario á la conclusión que en el Universo procesos determinados se suceden regularmente sin cesar y que los cuerpos celestes en un flujo continuo pasan por una serie de formas sucesivas cuyo orden parece ser inmutable. Una nebulosa primitiva gira en torbellinó, se condensa, se calienta, se divide formando un sol y planetas; éstos, gotas líquidas al principio, se solidifican, el sistema poco á poco transmite en el espacio, por irradiación, su calor resultante de su previa consolidación, se enfría, llega á congelarse, entra en colisión al cabo de intervalos inmensos con otros sistemas, vuelve súbitamente á consecuencia de este choque á ser extremadamente incandescente (recuérdese la Nova Persei), llega á la fusión, se evapora, se volatiliza, vuelve otra vez al estado de nebulosa primitiva para comenzar de nuevo impulsada en una nueva dirección y animada de una velocidad de traslación diferente, el proceso entero ya seguido. Llamamos á esta sucesión de estados: surgimiento y desaparición de mundos, pero sin una sombra de justificación objetiva. Nada nace y nada desaparece; la nebulosa primitiva obedece á la misma energética que el sistema de planetas separados que gravitan alrededor de un sol, el choque entre dos sistemas y su vuelta al estado de nebulosa primitiva se realizan en virtud de las mismas leyes con arreglo á las cuales el sistema solar y planetario se forma de la nebulosa primitiva, uno de estos estados tiene la misma dignidad y el mismo valor que el otro; uno y otro no son más que aspectos diferentes de un solo y mismo proceso regulado por leyes; y si sólo la forma del sistema solar y planetario se nos aparece

como representando una existencia real, mientras que la nebulosa primitiva nos parece un caos y la vuelta del sistema al estado de nebulosa un fin, hay que ver también en eso el efecto de un pensamiento inconscientemente egocéntrico. Como nosotros mismos vivimos sobre un planeta y la nebulosa primitiva no ofrece las condiciones indispensables á nuestra vida, á la sola forma de vida que conozcamos, un sistema solar y planetario nos parece ser como el objetivo de la evolución de todas las fuerzas que actúan en el Universo, mientras que la nebulosa primitiva la juzgamos como siendo el fin de todas cosas y de todo sér. Hacemos de este modo de nuestra vida la medida de todos los procesos cósmicos, atribuimos un valor elevado á lo que la favorece, no reconocemos sino un valor muy escaso á lo que no es compatible con ella y nos negamos á comprender que los procesos cósmicos se desarrollan sin considerarnos á nosotros para nada y que todas las fuerzas del Universo están incesante é igualmente en actuación, que exista ó no una humanidad. El argumento de Schopenhauer, según el cual siendo eterno el mundo toda evolución tiene que haber alcanzado desde la eternidad su objetivo extremo, basta á demostrar lo absurdo del concepto de evolución en su aplicación al Universo. La misma fórmula spenceriana tropieza aquí, puesto que la sucesión de los estados cósmicos no es ni una diferenciación, ni una integración, ni una desviación, sino un movimiento continuo, un ciclo eterno que se realiza con un ritmo siempre uniforme. No es lícito escoger un segmento dado del ciclo, un período dado del ritmo y declararle mejor y más perfecto, porque mejor, más perfecto, este segmento ó este período sólo lo es con relación á nosotros, pero en cuanto nos abstenemos de referirles á nosotros, á la humanidad, á procesos vitales, ya no hay ninguna razón para asignar á la concentración de la materia en cuerpos celestes esféricos un rango más elevado que á su expansión uniforme en el espacio lleno de nebulosidad, ni para ver en un sol incandescente, en planetas calientes provistos de agua y de aire algo

más excelente que en un sol apagado y en planetas en estado de escorias desprovistos de agua y de aire.

No hay pues absolutamente sitio en el Universo para una evolución y todavía menos para un progreso concebido como un perfeccionamiento. Todos los hechos conocidos imponen á un espíritu inaccesible á los ensueños místicos la hipótesis de un movimiento cíclico eternamente uniforme, recorriendo siempre la misma sucesión de fases de un valor igual, y un objetivo final hacia el cual el Universo tendería en una ascensión continua es inconcebible para un espíritu racional. El concepto del progreso derivado de la contemplación del devenir de los seres vivos queda en su aplicación limitado únicamente á los seres vivos. Pero aun admitiendo sin objeción que si adoptamos el punto de vista hedonista y consideramos los sentimientos de placer como el solo objetivo cognoscible de la vida, tenemos que reconocer en la juventud y el principio de la madurez, como siendo los más vivos en sentimientos de placer conscientes, el período más bello de la existencia individual y en la evolución hacia ellos un progreso real por lo menos hacia el placer consciente — aun admitiendo esto, tenemos que evitar que este modo de ver se salga del marco rigurosamente cerrado de la existencia individual y aplicárselo aunque no fuera más que á la humanidad. En esto el hedonismo no es ya aplicable como medida de valor, puesto que como ha sido demostrado en los capítulos precedentes, la humanidad es una abstracción y es emplear una simple comparación retórica considerarla como un sér individual, como una persona que tiene una infancia, una juventud, una edad madura, una vejez. Existe una evolución vital implicando una sucesión de edades que es la misma para todos los hombres que nacen y se desarrollan normalmente; cada hombre tiene su infancia, su juventud, su madurez, su senectud, ya haya vivido en la época de la primera aparición de la especie sobre la tierra, ya viva hoy ó dentro de un millón de años. La humanidad no puede pues tener una edad determinada que sea por su propia naturaleza la fuente de

sentimientos de placer y de desagrado, como lo son en el individuo la juventud y la senectud. Se habla á la verdad, de épocas históricas felices y desgraciadas, pero eso es una generalización que no tiene nada que ver con el individuo. Bajo el reinado de Antonino el Píadoso, según el testimonio de los contemporáneos uno de los raros periodos halciónicos de que la humanidad haya conservado el recuerdo, la enfermedad y la muerte no habían abdicado su poder y por consiguiente los individuos se quejaban de enfermedades y de la vejez y se sentían miserables; durante la peste negra y la guerra de Treinta Años, probablemente las épocas más siniestras del último milenario, había gente joven que sentía la alegría de vivir y de gozar de su juventud. No es pues colocándose en el punto de vista del hedonismo como se puede juzgar si tal época histórica es más feliz que tal otra ó considerar la evolución de la una ó de la otra como un progreso ó una regresión.

Tenemos pues que buscar otro criterio que el suministrado por el hedonismo si queremos mantener el concepto del progreso en el marco de la humanidad. Se propone con frecuencia el criterio de la moralidad; de una generación á otra, de una época á otra la conciencia moral se haría más afinada, más sensible, más exigente, el sentimiento del deber más profundo y más imperioso, el horror á la violencia y á la injusticia más vivo y más directo. Á menos pues de admitir que el tránsito progresivo del mal al bien, del vicio y del crimen á la virtud, de la indiferencia hacia el prójimo al amor al prójimo, á las consideraciones, á la piedad no crea ninguna diferencia de valor entre los hombres y hasta quizá, haciendo al hombre menos apto para la lucha por la existencia, le deteriora en tanto que tipo de sér vivo, se estará obligado por fuerza á reconocer en esta transformación una evolución hacia adelante y hacia arriba, es decir un progreso.

Pero también este criterio de la moralidad es incierto. Una objeción ya brevemente indicada se presenta en seguida: sin duda el hombre más moral es, en tanto que sér social, más

perfecto que el hombre menos moral; cuánta más consideración tiene hacia sus semejantes, y en esto en suma, es en lo que consiste en último análisis toda moralidad despojada de su envoltura nebulosa de misticismo, tanto más sus relaciones con ellos son fáciles y agradables. Pero esta paz más grande, estas comodidades más tranquilas que el hombre conquista quizá merced á su moralidad, las paga demasiado caras por una debilitación de su espíritu de decisión, de su sano egoísmo, de su vida instintiva, es decir de las facultades cuya cultura constituye la condición previa del desarrollo completo y de la exaltación de la personalidad. Para reconocer la elevación del nivel de la moralidad como siendo un progreso, habría pues que ver el ideal del desarrollo del hombre en el sér social, no en la individualidad. Ese es un postulado que aceptan unos y rechazan otros y que puede ser defendido y combatido con argumentos de igual fuerza; pero aun haciendo abstracción de esta objeción de principio que la moralidad superior no significa necesariamente un progreso antropológico aunque sea incontestablemente un progreso social, queda siempre por resolver la cuestión previa; ¿es realmente posible notar una elevación de la moralidad en el curso de la historia?

Á primera vista, esto parece incontestable. Numerosos son los horrores de otros tiempos que han desaparecido por completo de la vida civilizada. No se practica ya el canibalismo sino por las tribus más atrasadas del salvajismo, mientras que en otros tiempos estuvo universalmente difundido; los prisioneros de guerra en nuestros días no son sometidos á tormento ni matados, sino tratados honorablemente y provistos de todo lo necesario. El extranjero no está ya como antaño fuera de la ley, sino que se encuentra en los países civilizados bajo la protección de los tratados y de la ley. Los poderosos no pueden ya abierta é impunemente sacrificar á sus caprichos y codicias el honor y la vida de los débiles; los crímenes violentos van siendo más raros; la vida humana está evaluada en mayor precio. Ninguno de estos

hechos puede ser negado, ni siquiera puesto en duda, pero son todos ellos susceptibles de interpretaciones diferentes.

Todas las comparaciones entre el estado actual y un estado anterior de la moralidad se basan sobre la estadística. Ahora bien, si ésta cuenta y registra los hechos, las apetencias y tendencias psíquicas son para ella inaccesibles. El hecho que los hombres cometen menos de esos actos que la ley califica de crímenes y delitos no es necesariamente una prueba de su moralidad superior; puede resultar también de debilidad de la voluntad, de cobardía, ó de que reina más orden en el Estado, una vigilancia más estrecha y toda transgresión es en seguida descubierta, perseguida, castigada y el individuo vive continuamente bajo la opresión del temor saludable de la autoridad vigilante y presente en todas partes. En su conciencia, á solas con sus instintos y pasiones, el hombre civilizado no es más moral que el salvaje, y el hombre de hoy no lo es probablemente más que el hombre de la edad de piedra más remota. El anarquista tira una bomba sin cuidarse de que pueda hacer pedazos á niños y á mujeres; ¿en qué es mejor que el guerrero salvaje que sorprende de noche á la tribu enemiga y se entrega á una matanza general sin perdonar á las mujeres y á los niños? Seguramente, al anarquista le guía una idea que considera muy hermosa y noble; pero el degollador salvaje está también convencido que ese acto es noble y heroico, y los rapsodas de su tribu así lo confirman en sus cantos de gloria. Uno y otro obedecen á un impulso subjetivo que tratan de satisfacer sin contemplación hacia las víctimas. Y el financiero ó el especulador que consigue recoger cientos de millones, despoja friamente de su patrimonio á millares de familias, las hunde en la miseria y la desesperación, las acorrala al suicidio y se enriquece con los productos del trabajo de su vida entera, ¿es menos bandido y asesino en grande que un sultán de Wadai que arrasa ó reduce á la esclavitud poblaciones enteras de vastas regiones y se apodera de todo lo que poseen? ¿Tiene más respeto á los derechos de sus semejantes que el Wiking de la Edad Media que

caía de improviso sobre las costas extranjeras, mataba, incendiaba, violaba, saqueaba? En verdad, la historia no registra un solo horror que no se haya reproducido en un pasado próximo ó en el presente. Las más horribles crueldades de la *Jacquerie* francesa han encontrado su análogo en 1906 cuando las revueltas de los campesinos estonianos y letticos en las provincias bálticas de Rusia; las fechorías de los Armagnacs y de los desolladores de la guerra de Treinta Años se han repetido cuando la guerra de España de Napoleón I, cuando las matanzas de los Armenios por los Kurdas y las expediciones de las partidas levantadas en Macedonia. Mario, cuyo saludo ó negativa de saludo al hacer su entrada en Roma, significaba la vida ó la muerte, no era ni más ni menos sanguinario que un Rosas en la República Argentina, un López en el Paraguay, un Castro en Venezuela. En el alma de los hombres de hoy acechan taimadamente los mismos monstruos que en las de nuestros antepasados de hace siglos y millares de años. Las cadenas que les retienen son más sólidas, son las del orden público; pero que esas cadenas se aflojen ó con mayor motivo, que se les quiten y se verá en seguida á los demonios precipitarse fuera de sus antros con el mismo salvajismo aullando de alegría y entregarse á sus fechorías con la misma crueldad que en cualquiera otra época. ¿Qué queda pues entonces del progreso moral? La masa entrevé vagamente que este progreso no existe, puesto que en todos los proverbios y locuciones populares el pasado se presenta como la edad de oro de la moralidad en particular, y se alaban la lealtad y la honradez sencillas de los antepasados oponiéndolas á la ausencia de buena fe de los descendientes.

Debemos pues, si queremos medir el progreso en la humanidad, dejar á un lado el criterio de la felicidad y de la moralidad. Podríamos quizá servirnos de un tercer criterio: el de los inventos técnicos. ¡Qué distancia entre la lámpara de aceite, la astilla de madera resinosa y la luz eléctrica, entre la producción del fuego por el frotamiento y la cerilla,

entre los viajes á pie, á caballo ó en diligencia y el tren eléctrico ó el vapor de turbinas, entre el mensaje enviado por una estafeta y la telegrafía sin hilos ó el teléfono, entre la maza ó el hacha de piedra y el fusil de repetición, la ametralladora, el torpedo y la artillería naval! Pero ¿para qué alargar esta enumeración que todo hombre instruído puede completar por sí mismo? En esto es innegable el progreso; ciertamente no significa un progreso de la moralidad, puesto que el que dispone de todos los inventos de nuestras días, no por eso llega á ser necesariamente mejor; antes bien le facilitarán, llegado el caso, la satisfacción de su egoísmo criminal; son tentadores que le excitan á abusar de su superioridad, y en realidad cada nuevo invento se convierte en una causa de nuevas fechorías que no habían podido cometerse, ó por lo menos no tan fácilmente, valiéndose de medios menos perfectos. El progreso técnico no implica tampoco un aumento de sentimientos de felicidad de la humanidad, puesto que puede sentirse subjetivamente más á su gusto en la ignorancia y la pobreza que en la civilización más avanzada. Que no se olvide que muchos inventos crean solamente ó por lo menos aumentan y generalizan todas las necesidades que satisfacen elegantemente, y que antes de las más recientes facilidades los hombres no sufrían por estas necesidades, puesto que no las conocían. Que se piense también en que las maravillas mecánicas de nuestros días no procuran nuevos sentimientos de placer más que á una pequeña minoría, mientras la enorme mayoría queda excluída de su disfrute. En el tren de lujo que hace del viaje un placer selecto para el rico, el pobre no viaja más que á lo sumo como maquinista ó guardafreno, y el placer que puede experimentar no es ni con mucho tan grande como el del cochero ó el del postillón de antaño. El banco y el cheque hacen el manejo del dinero y la manera de disponer de él más cómodos que el antiguo cinturón que servía de bolsa; pero el que no tiene dinero no ha poseído nunca el cinturón de antaño y no sabe una palabra del banco ni del cheque de nuestros días. Es inútil demostrar esta relación de

la minoría y de la mayoría con respecto á cada uno de los inventos. Hasta las grandes influencias extendidas, que rebasan con mucho de los efectos inmediatos, de las nuevas adquisiciones no aprovechan en modo alguno á la humanidad entera, ni siquiera á la totalidad de cada pueblo civilizado. Los medios actuales de comunicación y de cambios comerciales previenen con seguridad el hambre en un país dado, mientras haya en otro punto del globo víveres disponibles para la exportación. Pero en otros tiempos el hambre no ejercía sus estragos mortíferos sino á intervalos casi siempre muy largos, y entre los períodos de escasez había períodos de abundancia con frecuencia dilatados, mientras que en nuestros días una parte demasiado considerable de la población de las grandes ciudades, la que los economistas ingleses llaman «la décima parte sumergida» (*«the submerged tenth»*) padece crónicamente de hambre y no conoce ni un solo día de abundancia. Haciendo abstracción de los detalles, podemos hacer constar de una manera general que la moralidad y la sensación de la felicidad ó el sentimiento de placer no dependen en modo alguno de los inventos técnicos, que los hombres pueden ser morales y sentirse felices en la ignorancia y la barbarie, mientras que todas las maravillas de la mecánica, las aplicaciones más admirables del vapor y de la electricidad, son perfectamente compatibles con la depravación moral más abyecta, con un desamparo moral que llega hasta el deseo de la muerte y con la más brutal miseria material. Así pues, cuando ciertos detractores del mundo y ascetas elevándose por encima de la vida niegan á los progresos técnicos todo valor real para la humanidad y no quieren reconocerlos como progresos, se colocan en un punto de vista que, por paradójico que pueda parecer á primera vista, no por eso deja de tener algún fundamento.

Pero si es lícito poner en duda la utilidad inmediata de los inventos y descubrimientos para la gran mayoría de los hombres, hay una cosa que no puede ser puesta en duda ni discutida y es que estos inventos y descubrimientos son el

resultado y la prueba tangible de un conocimiento más vasto y más profundo. Es el conocimiento el que nos suministra en fin un criterio cierto del progreso y nos permite afirmar que existe otra cosa que un simple movimiento que no permite establecer diferencias de valor, otra cosa que simples modificaciones de la relación entre el hombre y la naturaleza, que existe realmente un progreso.

Desde el principio de la civilización, los hombres no han cesado de perfeccionar sus métodos de observación y de registro de los fenómenos, de penetrar cada vez más profundamente sus relaciones, de apoderarse cada vez más seguramente de sus leyes. La marcha desde la ignorancia más crasa á un conocimiento cada vez más claro y extenso puede ser rápida ó lenta, efectuarse en una línea ancha ó estrecha, pero jamás hasta ahora ha sufrido ninguna parada. Ni un solo invento útil á la humanidad se ha perdido jamás, ni una sola verdad descubierta y digna de ser conservada ha sido jamás olvidada. La leyenda que vemos surgir de vez en cuando y según la cual ciertas clases, la de los sacerdotes egipcios por ejemplo, ó ciertos taumaturgos como los Adeptos de la Edad Media y del siglo xviii, habrían poseído una ciencia oculta que se habrían llevado con ellos á la tumba, no es más que un ensueño místico. Los templos de Tebas no estaban alumbrados con luz eléctrica, las estatuas de los dioses no hablaban á los fieles con ayuda de fonógrafos, nadie ha poseído la piedra filosofal que le hubiera asegurado la juventud eterna y transformado en oro todos los metales. Nadie había manejado antes que nosotros los rayos X y el radio. Únicamente la propensión irresistible por lo maravilloso ha podido hacer surgir estas leyendas y hacer creer en ellas. Se atribuye á Aristarco el conocimiento del sistema de Copérnico que no fué formulado hasta quince siglos después; se confunde en esto como en muchos otros casos análogos, intuiciones generales con un conocimiento claro y una demostración exacta. Es entregarse á un juego quizá entretenido, pero estéril buscar en autores antiguos indicaciones de

inventos que no han sido realizados sino cientos ó miles de años después, de desenterrar en Cicerón la descripción de los tipos de imprenta, en Leonardo de Vinci y Cyrano de Bergerac las del aereostato y la máquina de aviación, en otros las de la fotografía, el telégrafo, el teléfono. En el solo *Opus Majus* de Rogelio Bacón, se pretende hallar la predicción positiva de la pólvora de cañón, del telescopio, de la bomba de aire, del barco de vapor y del camino de hierro (1). Á exégetas traviosos se les ha ocurrido atribuir el hundimiento de Korah á la explosión de una mina de pólvora ó de dinamita, interpretar los tubos metálicos en forma de trompetas bajo el estrépito de los cuales se hundieron las murallas de Jericó, como cañones, el carro de fuego de Elías como una locomotora ó un automóvil, el mito de Dédalo y de Ícaro como la historia del primer aparato de aviación. Pero todo esto no es serio; sus necesidades han inspirado siempre á los hombres el deseo de su satisfacción, el deseo ha sido siempre el padre de representaciones, una imaginación viva evocaba fácilmente visiones fabulosas de una satisfacción posible de las necesidades. Pero la dificultad consiste en salvar el gran paso de ese juego de la imaginación trabajando bajo el aguijón de una necesidad ó de una aspiración, á la creación de una realidad, en traducir los ensueños mariposeantes en un invento técnico determinado ó en un descubrimiento científico. El que salva ese paso no tiene de común con los soñadores que le han precedido nada más que la necesidad que le ha estimulado en el mismo grado que á ellos. Y una vez el paso salvado, el terreno adquirido no se pierde nunca más para la humanidad.

Después de la larga noche de la Edad Media, después de diez siglos de barbarie feudal, al llegar el despertar de los espíritus podía estallar una discusión acerca de saber si existe ó no un progreso continuo. En la célebre guerra de pluma de fines del siglo xvii en la cual Boisrobert, Lamotte, Pe-

(1) Federico de Rougemont. *Las dos ciudades*. París, 1874, I, pág. 449.